

Capítulo 18: Esperaré su muerte - Druida del centro de la ciudad (Esbozo del Libro 1)

- Capítulo 18: Esperaré su muerte - Druida del centro de la ciudad (Esbozo del Libro 1)

Capítulo 18: Esperaré su muerte - Druida del centro de la ciudad (Esbozo del Libro 1)

Dantes despertó al sentir el sol arder sobre él en la calurosa plenitud del mediodía. Cerró los ojos con dificultad, lentamente incorporándose. La boca seca y con un sabor a amargor le parecía áspera y desagradable. Se arrastró hasta su manta y agarró su vejiga de agua. Movié con cuidado un sorbo, enjuagándose la boca, y lo escupió sobre una vid cercana, quejarse de su sed. Luego tomó varios pequeños sorbos.

Jacopo se esforzó por arrastrarse hacia él, y Dantes vertió un poco de agua en la palma de su mano, sosteniéndola para que pudiera beber también. Ambos permanecieron allí en silencio durante un tiempo, escuchando los sueños y susurros de los murciélagos cercanos y los rumores de algunas palomas que descansaban encima de ellos. Ambos estaban exhaustos y debilitados profundamente por su experiencia. Dantes podía percibirlo... Sentía que había perdido algo de sí mismo al romper su vínculo con su antiguo jardín.

Observó los hilos que se extendían desde él, y comprobó que el resto de las conexiones que había establecido seguían intactas. Los jardines que había plantado, los animales que había alimentado, las flores que había ayudado a florecer, todos aún tenían ríos que fluían hacia y desde él en casi la misma medida. Cerró y abrió el puño, comprobando su fuerza, cuestionándose qué habría ocurrido si solo hubiera tenido ese jardín cuando fue destruido.

Comenzó a extender sus sentidos, enviando ratas para verificar la situación de la zorra. Seguían vigilándola, pero Vampa estaba allí, y las chicas y Vera parecían estar seguras y ocuparse de sus asuntos. Soltó un suspiro de alivio. Pero esa sensación de alivio pronto se tornó en preocupación, pues su mente empezó a analizar todo lo que había ocurrido. Su jardín se había vuelto loco, comiendo y atacando a la gente. Podía sentir la sangre de docenas de seres fluyendo por él cuando estaba completamente conectado. ¿Había sido esa la causa de la segunda fuga? Si era así, ¿acaso todo lo relacionaban con Dantes? Aquellos que buscaba como amigos para ayudar, ahora podrían ser enemigos, y no podía culparlos. Había estado buscando a cualquiera con collar o a quien reconociera, pero Rendhold era una gran ciudad, y aunque poseía sus habilidades, sin saber exactamente dónde comenzar, quizás nunca sería capaz de encontrar a nadie. La mayoría de los prisioneros probablemente huyeron hacia los muros o intentaron abordar un barco. No era como

si los guardias pudieran vigilar cada salida.

Se obligó a levantarse. Mantener todos esos frentes activos no sería más fácil si se tomaba un descanso. Se acercó al pequeño cuenco y al espejo que utilizaba para asearse. Miró su reflejo durante mucho tiempo, y quedó atónito ante su propia apariencia. Se sentía más débil, lo había previsto, pero en el espejo casi no se reconocía. Sus ojos estaban hundidos, sus mejillas huecas, sus músculos deteriorados, y su ropa parecía colgarle del cuerpo. Era como si la vitalidad hubiera sido succionada de él. Se veía peor que en la prisión subterránea antes de haber adquirido sus poderes.

Vertió agua en su cuenco y la sostuvo en las manos, a punto de limpiar su rostro, pero se detuvo. Era diferente, se veía patético, débil, en una situación desesperada. Pensó en aquel hombre que había destrozado su jardín con su lanza, en el mismo que había visto pelear en la arena de la Guilda de Aventureros. Parecía ese tipo de persona que querría ayudar a un hombre como el que Dantes parecía ser en ese momento.

Jacopo lentamente se acercó a él, percibiendo sus pensamientos. “Era fuerte, es bastante posible que pudiera lograrlo sin morir.”

Dantes sonrió. “Aunque viva, seguiríamos beneficiándonos. Parece una situación en la que todos ganan.”

Jacopo se limpió los bigotes. “Espero que muera.”

...

Dantes caminaba por el distrito de las gildas con una cojera, aún impregnado del olor a vómito y bilis. Había cambiado su elegante abrigo verde por uno marrón, muy usado, con algunas manchas rojas sospechosas. Llegar allí le había costado un tiempo, ya que se encontraba mucho más agotado de lo que solía. Sin embargo, perseveró, sintiendo ya cómo una parte de su fuerza comenzaba a recuperarse, mientras sus jardines empezaban a nutrirlo y sanarlo.

No fue difícil localizar a Gavain; comía en una taberna cercana a la Guilda de Aventureros, rodeado por una pequeña multitud que chismeaba sobre él. Las calles bullían con entusiasmo por la exitosa derrota del “Jardín Carmesí”, como ya lo denominaban los juglares. Dantes también se entristeció al ver que el alcance que había plantado en una madre casi desaparecía, siendo cortado metro a metro por magos especializados enviados desde la Academia. Apparentemente, había habido una larga demora en su intervención, ya que intentaban extorsionar pagos y privilegios adicionales a la ciudad para hacer el trabajo.

Dantes llegó al borde de la circunferencia de espectadores y notó a todos los que estaban fuera del edificio. Había dos en cada puerta, impidiendo que alguien pudiera entrar a hablar con Gavain. Según lo que Dantes pudo observar, Gavain parecía desconocer esa disposición, y un astuto manejador con un pin de aventurero plateado y un manto de chainmail negro se encontraba cerca de él, coordinando todo con habilidad.

Dantes esperó en la calle. No le sería difícil colarse y acercarse al hombre cuando estuviera comiendo, pero sería más sencillo hacerlo en cuanto estuviera en la calle. Se recargó en una pared de un callejón cercano e imitó la apariencia de un mendigo. Eso lo hacía casi invisible.

Gavain terminó su comida y sus manejadores despejaron la zona de curiosos antes de que él saliera de la taberna y comenzara a caminar por la calle. Dantes los seguía de lejos, escuchando.

“Creo que sería bueno ver más de la ciudad,” dijo Gavain a su principal manejador, que llevaba un pin de lobo plateado.

“Solo te trajeron para ayudar a la ciudad con el jardín carmesí. De lo contrario, te habrían enviado a otra cacería de dragones de inmediato. Pocas personas pueden cazarlos como tú, y cuanto más tiempo estés lejos, más probable es que alguna pobre familia termine hecha cenizas.”

Gavain suspiró. “Supongo que tienes razón. Ver más tendrá que esperar.”

Dantes colocó media docena de cucarachas en los pies de algunos manejadores, distrayéndolos mientras avanzaba y se acercaba a Gavain.

El hombre con el abrigo negro apareció frente a él, rápido como un rayo, y le dio un fuerte golpe en el estómago antes de que pudiera reaccionar, su puño con guante golpeando a Dantes con la fuerza de un ladrillo.

“¿¡Qué haces!?” preguntó Gavain.

“El hombre se acercaba rápidamente a ti y llevaba una daga en la cintura.”

“Aquí todos llevan armas,” dijo Gavain, empujando al hombre y ayudando a Dantes a ponerse de pie.

“Señor, ¿está bien?”

Dantes reprimió una sonrisa. El golpe en el estómago había sido una sorpresa, pero parecía que eso le beneficiaría a largo plazo. Levantó la vista con su expresión más miserable, algo entre un cachorro pateado y un huérfano moribundo.

“No, milord. Vine aquí para solicitar su ayuda.”

“¿Mi ayuda?”

El hombre vestido de negro se acercó a él. “Si necesita algo, debe presentar la petición a la guilda. Él no es su problema.”

Gavain lo ignoró. “¿Qué es lo que necesitas?”

El hombre en negro soltó un suspiro frustrado.

“Mi esposa y mis hijos... Han sido llevados. Creo que los van a vender a Frasheid como esclavos.”

Los ojos de Gavain se endurecieron al escuchar la mención de la esclavitud. “¿Has contactado a la guardia?”

“Sí, señor... y me golpearon por intentarlo. Esperaba eso, pero no tenía a dónde acudir.”

“¿Dónde están?”

“Gavain, ¿en serio estás considerando ayudarlo? ¡Eres un aventurero! Esto no es asunto tuyo. Ahora que han despejado la prisión subterránea, debes volver a tus misiones. Esta ciudad no necesita ayuda como las aldeas y pueblos pequeños. Ellos pueden cuidarse solos.”

Eso tenía mucho sentido para Dantes. La mayor parte del trabajo que recibía la Guilda era porque muchas poblaciones rurales y asentamientos no podían obtener apoyo de sus gobernantes. Solo esperaba que Gavain no le importara.

“El Dios de la Justicia me puso en el camino de este hombre por una razón. Debo ayudarlo.”

“¡No puedes involucrarte en cosas así! ¡Es demasiado complicado! Usa tu—”

Gavain sorprendió a Dantes al agarrarlo y lanzarlo sobre su hombro antes de saltar sobre uno de los manejadores y correr calle abajo.

“Dime a dónde debo ir.”

Dantes negó con la cabeza, con sus ojos que parecían rebotar por el movimiento súbito y acelerado. “Hacia los muelles, milord. Los tienen enjaulados en un almacén.”

“Sí... Voy a necesitar instrucciones paso a paso. Las ciudades me confunden.”

“Toma a la izquierda más adelante, milord.”